

Debe citarse como: **Gil, Gastón- Ramallo, Francisco (2012)**. *“Memoria, historia reciente y etnografía. Confluencias disciplinares entre la antropología y la historia oral”* En: *Aristas: Revista de estudios e investigaciones de la facultad de Humanidades, UNMdP. N° 7 “El estudios de las Memorias”*.

**Memoria, historia reciente y etnografía.
Confluencias disciplinares entre la antropología y la historia oral**

Resumen

Los estudios sobre la memoria social y política –y sobre el pasado reciente en general– constituyen un espacio sumamente rico para la puesta en práctica de una serie de confluencias teóricas y metodológicas en el campo de las ciencias sociales. En concreto, en este artículo se exploran algunas de las dimensiones que se consideran fundamentales para propiciar investigaciones histórico-antropológicas que intenten aprovechar las ventajas de ambas tradiciones disciplinares. En ese sentido, el método etnográfico y la historia oral, más allá de sus evidentes coincidencias, se toman como dos recursos que rescatan formas complementarias de mirar al pasado y tratar la evidencia empírica. Y el eje conceptual de la memoria sirve para cerrar una serie de postulados epistemológicos, teóricos y metodológicos que configuran una manera de concebir la investigación en ciencias sociales.

Palabras claves: Etnografía del Pasado - Fuentes Orales - Reflexividad

Abstract

Studies on social memory and politics, and also on recent past in general, constitute an extremely rich space for the application of a series of theoretical and methodological confluences in social sciences. Concretely, this article will explore some dimensions which are considered fundamental in order to promote the anthropological and historical research which will get the best benefit of the advantages of these two disciplinary traditions. In this sense, the ethnographic method and oral history, beyond their manifest coincidences, are interpreted as two resources which recover not only complementary views of the past, but also complementary treatments of empirical evidence. The conceptual nucleus of memory is used to present a conclusion with a series of epistemological, theoretical, and methodological postulates which allow us to build a particular conception of research in social sciences.

Key Words: Ethnography of the past – Oral Sources - Reflexivity

**Memoria, historia reciente y etnografía.
Confluencias disciplinares entre la antropología y la historia oral**

Gastón Julián Gil (CONICET – UNMdP)
Francisco Ramallo (UNMdP-CIN)

Todos tienen el derecho de recuperar su pasado,
ciertamente, pero no hay lugar para erigir un culto de la
memoria por la memoria misma; sacralizar la memoria es
una forma de volverla estéril

Tzvetan Todorov, *Les abus de la mémoire*

Confluencias disciplinares: historia y antropología

La problemática de las fronteras disciplinares en las llamadas ciencias sociales y humanas sigue generando controversias epistemológicas que lejos están de ser saldadas. De todos modos, más allá de los fundamentos que se puedan esgrimir –por ejemplo para negar el rigor epistemológico de esas fronteras-, se trata de límites que tienen una existencia fáctica, por ejemplo en las divisiones administrativas de las universidades (como los departamentos) y las áreas de los sistemas de investigación científica. En ese sentido, Wallerstein (2003) considera que las disciplinas en las ciencias sociales operan en tres dimensiones de manera simultánea. En principio, funcionan como categorías intelectuales, es decir como constructos sociales cuyos límites suelen ser objeto de controversia y que se originan en las dinámicas específicas de las propias disciplinas que se experimentan como ahistóricas. También, las ciencias sociales se expresan en estructuras institucionales (departamentos, programas de enseñanza, *journals*, asociaciones profesionales), que en su mayoría comenzaron a cristalizarse en la segunda mitad del siglo XX. Y en tercer lugar, es posible hacer referencia a las diversas ciencias como “culturas disciplinares”. Ello implica la existencia de grupos que comparten tradiciones, representaciones, símbolos, autores clásicos y debates aceptados, que son considerados por Wallerstein como “prejuicios culturales que están firmemente enraizados y que funcionan en el mundo real de las interacciones entre los académicos” (Ibíd.: 453). Podría agregarse que las fronteras disciplinares implican fuertes identidades, es decir, categorías de autoadscripción que remiten a respectivas historias disciplinares ancladas en tradiciones localizadas (nacionales, regionales, institucionales.).

También se ha referido Wallerstein a los obstáculos para el conocimiento que producen las fronteras disciplinares cuando se convierten en dogmas y, de ese modo, clausuran los debates o los propician de un modo cerrado y esquemático, basados en una intersubjetividad

sumamente limitada. Ello tiende a consolidar la inercia institucional y la proliferación de estrategias basadas en el *carrerismo* y la defensa a ultranza del propio campo científico como un feudo que debe protegerse del asalto de los *outsiders*.¹ Además, pueden mencionarse consecuencias de otras características como la división internacional del trabajo científico, que establece un corte entre tradiciones que producen teoría y definen los temas importantes (las academias *metropolitanas*) mientras que otras (las academias *periféricas*)² se configuran como proveedoras de material empírico y, en el peor de los casos, curiosidades etnográficas. A causa de este tipo de circunstancias, el mismo autor se pronunció a favor de recuperar lo mejor de las “culturas disciplinares” de las distintas ciencias sociales y humanas para configurar una nueva *ciencia social histórica*. El mismo Wallerstein propone una reconfiguración administrativa del universo académico que derribe las fronteras habitualmente aceptadas, por ejemplo, a través de una nominación diferente de los departamentos universitarios. En esa línea, afirma que existen tres grandes grupos académicos en las ciencias sociales y humanas que se caracterizan por: (a) una *visión nomotética* de la investigación social (confían en el planteo de leyes del comportamiento humano que se pueden demostrar a partir de diseños experimentales, generalmente mediante vías cuantitativas);³ (b) responder a una *tradicón ideográfica*⁴ (privilegian lo particular y lo diferente y tienden a considerar en mayor medida fenómenos de pequeña escala, aunque no de forma exclusiva); y (c) no sentirse cómodos en ninguno de los dos campos. Estos últimos se involucran en debates filosóficos y construyen grandes relatos teóricos, sosteniéndolos con datos empíricos de diversa naturaleza, además de que se encuentran activos en diversas disciplinas, tal vez en mayor medida en sociología, ciencias políticas y los llamados estudios culturales. Su propuesta de reconstrucción, definida como una “aventura”, apunta entonces a rechazar las clausuras teóricas prematuras, lo que no implica una oposición a la formulación de grandes modelos conceptuales. Se muestra favorable a lograr análisis “vigorosos” en un clima de tolerancia y cierto escepticismo que permita un diálogo estrecho de la teoría con los datos empíricos. En esa línea, es importante destacar que los vínculos disciplinares de la antropología con la historia han germinado en tradiciones productivas como la etnohistoria, o en valiosos intercambios metodológicos como los que se

¹. Existen disciplinas, que por diplomacia se evita su mención en este artículo, que poseen rígidos impedimentos administrativos que van más allá de la obtención de títulos específicos, ya que los referentes de peso consiguen el control y la “propiedad” —en ocasiones legitimado por un cuerpo legal— de los espacios de investigación de los que disponen según su propia voluntad.

². Entre las tantas categorizaciones posibles de las tradiciones disciplinares en ciencias sociales, se opta por la utilizada por Cardoso de Oliveira (1997; 1998), quien define a las antropologías *metropolitanas* como aquellas tradiciones nacionales en las cuales se gestó la disciplina y en las que florecieron los “paradigmas” que le dieron forma a la “matriz disciplinar”. En el caso puntual de la antropología, estas tradiciones “centrales” serían la británica, la norteamericana y la francesa, aunque también debería agregarse a la alemana, que gozó de una centralidad indudable hasta la segunda guerra mundial, situación que se extendió por varias décadas más en la Argentina. Mientras que las *metropolitanas* despliegan una pretensión de universalidad, en las *periféricas* se destaca su singularidad. Con sus matices, esas categorías pueden ser utilizadas para diversas disciplinas.

³. Según el mismo autor, esta clase de investigadores dominan en la economía, son fuertes en ciencias políticas y son importantes en sociología y geografía, mientras que son escasos en historia y antropología.

⁴. Serían más característicos en historia y en antropología, aunque con tendencia al crecimiento en sociología.

producen en la microhistoria o la historia oral. Además, en cuestiones teóricas, autores relevantes como Peter Burke⁵ han señalado la importancia que tiene para la historia una vinculación estrecha con las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, especialmente antropología y sociología, junto con un conocimiento sólido en teoría social. De un modo similar, destacados antropólogos (Evans-Pritchard,⁶ Sahlins, Geertz, Mintz, entre muchos otros) e historiadores (Ginzburg, el mencionado Burke, Hobsbawm, Thompson, Le Goff, Chartier) han demostrado las importantes coincidencias entre las búsquedas de ambas disciplinas, habituadas a combatir el etnocentrismo y el anacronismo que, al fin y al cabo, constituyen dos caras de la misma moneda.

En el caso que nos ocupa en este artículo, quizás sea posible postular una concepción integral que contemple especificidades de la historia y la antropología que sean compatibles en el estudio de determinados procesos sociales, puntualmente en lo referido a la memoria social. Más allá de las eventuales diferentes técnicas de investigación empleadas, se fundamentará en este artículo que un diálogo fluido entre los principios y los fundamentos conceptuales del método etnográfico y de la historia oral permite poner en práctica una estrategia de investigación fructífera en el estudio del pasado reciente. Por historia oral se quiere significar puntualmente que se trata de un procedimiento utilizado para la construcción de fuentes históricas, que obviamente se basa en la obtención de testimonios orales (por ejemplo, a través de entrevistas) con el objeto de recuperar la vida de la “gente común” (Fraser 1993). La historia oral le ha permitido a la historiografía dar respuestas a los problemas que se derivan de la ausencia de fuentes escritas referidas a un determinado periodo o a una determinada temática. Los datos empíricos a los cuales se accede por medio de las entrevistas no sólo complementan sino que profundizan e ilustran acontecimientos pocos conocidos o estudiados. El valor de la subjetividad consiste en que al relatar, los informantes nos brindan el significado que tuvo para ellos un hecho determinado. La construcción de estas fuentes históricas –para seguir usando la jerga historiográfica- permite la generación de nuevos saberes, aunque esos materiales empíricos estén limitados en el tiempo por la vida de los testigos, pero son casi inagotables en su extensión. Estas “fuentes” orales son la creación conjunta del testigo y del historiador y

⁵. El destacado historiador Peter Burke considera que “los historiadores pueden mejorar el vocabulario –y, esperemos, la fineza- de sus análisis si adoptan conceptos de otras disciplinas sin generar cambios radicales en sus tradiciones intelectuales. Otras ideas son más peligrosas, porque acarrear un peso más grande de presupuestos filosóficos. Por eso se resisten a ser incorporadas a una tradición ajena; en rigor, amenazan transformar cualquier sistema intelectual en que se las introduzca” (2007: 169).

⁶. El caso de Evans-Pritchard debe destacarse detenidamente, dado que convivió en un medio antropológico que, desde Malinowski y Radcliffe-Brown desechó la utilidad de los aportes de la historia en los estudios antropológicos. Pese a haberse formado en la atmósfera funcionalista que priorizaba los aspectos sincrónicos de la cultura, consideraba que la especificidad antropológica se debía nutrir de la historia, y en particular “la historia social, la historia de las instituciones, de las culturas y de las ideas” (1990: 23). Por ello, Evans-Pritchard sostenía que un antropólogo que escribiera “acerca del desarrollo en el tiempo de una sociedad” (Ibíd.: 18), debería plasmarlo en una etnografía “en lo esencial” (Ibíd.: 18) similar al libro de un historiador social. Y colocaba como ejemplo a su propia investigación *The Sanusi of Cyrenaica* (Evans-Pritchard, 1954), para la cual, por ejemplo, había trabajado intensamente con archivos y fuentes históricas.

están basadas en los recuerdos de aquél en forma de narración y tratan de la vivencia de una persona singular (Benadiba 2007).⁷ Dentro del campo de la historia, no se ha dejado de alertar acerca de los riesgos de utilizar exclusivamente fuentes orales, lo que implicaría emplear información ambigua y no controlada, donde el investigador abandonaría su papel de científico para dejar que los mensajes se trasmitan a través de un relato particular. Sin embargo, los aportes de disciplinas como la antropología, la psicología, la sociología o la teoría literaria, le proporcionaron a la historia nuevos métodos, conceptos y marcos teóricos que permitieron una comprensión más profunda de la vida social e individual y de la de sus actores. De ese modo, la historia se fue nutriendo de la experiencia desarrollada en esas otras experiencias disciplinares para ir conformando una metodología propia, sumando los aportes de las entrevistas etnográficas, los cuadernos de campo, la observación participante, las historias de vida y las autobiografías. Teniendo en cuenta ello, no es difícil coincidir en que, de alguna manera, “la historia oral puede servir para romper las barreras bastante artificiales de las disciplinas académicas” (Fraser 1993: 90). En definitiva, se trata de compatibilizar los enfoques que rompan con el sentido común etnocéntrico que todavía pervive en los abordajes normativos en diversas disciplinas de las ciencias sociales, y que aparecen como el punto de partida elemental e hilo conductor de un abordaje histórico-antropológico. Ello implica, como se verá, hacer dialogar categorías analíticas con los hallazgos empíricos para dar cuenta de la otredad cultural, tanto en sujetos de estudios próximos en el tiempo y en el espacio (como podrían ser militantes políticos de la década de 1970), de actores sociales del siglo XIX (como las relaciones interétnicas en la frontera indígena de la Argentina) o de etapas anteriores.

Etnografía de la memoria

La problemática de la memoria nos lleva inevitablemente a la labor casi fundacional de las investigaciones de Maurice Halbwachs, quien destacó tempranamente en su obra publicada en 1925, *Les cadres sociaux de la mémoire*, la importancia que los grupos ofrecen en el

⁷. De todos modos, luego de más de treinta años, la práctica de la historia oral se ha convertido en un fenómeno generalizado aunque todavía son muchos los interrogantes que le conciernen y que han generado una especie de separación con la historiografía académica tradicional. Giovanni Levi (2009) ha señalado que la historia oral está inmersa en un estado de ambivalencia constante, ya que a la par que adquiere mayor éxito, atraviesa un relativo aislamiento del trabajo científico. En parte, esto estaría dado porque en la medida en que la historia oral se difundía y maduraba, surgían interrogantes: sobre la memoria y su funcionamiento; sobre la relación entre narradores o testigos e investigadores; y sobre la relación entre historiadores. La historia oral, aun siendo consciente de su parcialidad, ha luchado por fusionarse con la historiografía académica, más por razones ideológicas, y por su voluntario lazo con una política progresista, que por razones metodológicas. Con importantes resultados y cada vez más conscientes de los “engaños” de la memoria individual, la práctica de la historia oral continúa acumulando un material importante, especialmente sobre hombres olvidados de los rastros documentales. Las ventajas de su utilización, según Levi, radican en que esta metodología combina una lectura subjetiva y sentimental de las historias de vida, lo que permite su uso práctico en la didáctica y genera un almacenamiento en los depósitos (archivos y bibliotecas). Para Fraser (1993), en el campo académico actual aun domina lo que puede llamarse la “fase popular de la historia oral”, ya que no es suficiente que se tenga en cuenta a la gente que no tiene voz histórica, sino también, como ha destacado Eric Hobsbawm, es imprescindible que a la capacidad de dar a luz libros apasionantes, nos permita saber no sólo qué paso, sino por qué paso.

ejercicio continuo de reconstrucción del pasado. Además, la referencia es a un pasado que se construye desde el presente. Al destacar que “el individuo evoca sus recuerdos ayudándose de los marcos de la memoria social” (Halbwachs, 1994: 289), este autor pionero en el tema resaltó la capacidad que poseen los grupos de reconstruir y “deformar” el pasado, pero también el rol grupal en la conservación de recuerdos que el individuo fácilmente olvidaría. Halbwachs también destacaba cierta “unidad de miradas” más allá de la “multiplicidad de grupos humanos” que dan forma a una sociedad que “tiende a alejar de su memoria todo aquello que podría separar a los individuos, distanciando los grupos unos de otros, y que a cada época reorganizan sus recuerdos de manera de colocarlos en acuerdo con las condiciones variables de su equilibrio” (Ibíd.: 290).

El estudio del pasado reciente coloca a cualquier investigación rigurosa en una marcada zona de confluencias entre las disciplinas aceptadas en las ciencias sociales y humanas, en este caso claramente la antropología social y la historia. Los abordajes microhistóricos –basado o no en la historia oral- aparecen como un recorte subdisciplinar cuya relación con la antropología ha sido destacada de manera contundente por un especialista de la talla de Carlo Ginzburg. Precisamente, es en la microhistoria (la *histoire événementielle* que despreciaba Braudel) en donde se producen más claramente aquellas zonas de contacto en donde la perspectivas antropológica e histórica pueden llegar a fundirse de manera elocuente. Así ocurre cuando se coloca énfasis en las cosmovisiones de los actores sociales estudiados y en hechos aparentemente insignificantes, ubicados a nivel microsocial en recortes espacio-temporales marginales. Ginzburg destaca la importancia de la “escuela microhistórica italiana” en la estabilización del término microhistoria, como también de su legitimación.⁸ Luego de la posición de Braudel,⁹ la labor historiográfica de Le Goff marcaría -tal vez como ningún historiador de Annales antes que él- las confluencias entre la historia y la antropología en su interés por el estudio de las “mentalidades”, en lo que constituyó un programa de lo que puede denominarse como antropología histórica, que incorporaba temas tales como “familia, cuerpo, relaciones entre los sexos, grupos etarios, facciones, carismas. Los estudios de historia de los precios registraban una brusca caída” (Ginzburg 2010: 36). Le Goff (2005) plantea que esa antropología histórica no implica un “fenómeno radicalmente nuevo”, sino que se trata más precisamente de un redescubrimiento cristalizado a partir de diversas “experiencias”, “contactos” y “conquistas” surgidas en torno a diversas exploraciones metodológicas como la historia oral y “las relaciones entre un nuevo tipo de documentación y un nuevo tipo de historia”

⁸. En el rastreo que Ginzburg (2010) realizó sobre el modo en que fue utilizado el término microhistoria (que de ningún modo es privativa y original de la “escuela microhistórica italiana”) destaca como primer referente en usarlo al estudioso norteamericano George Steward (1895-1980) en su estudio sobre los “pormenores” de la batalla de Gettysburg, que decidió la guerra de secesión norteamericana. Fue a través de las figuras de Primo Levi e Italo Calvino que la microhistoria ingresó en la jerga historiográfica italiana perdiendo su connotación peyorativa, reemplazando (en gran parte por la labor de Giovanni Levi, el término micro-análisis (Ibíd.).

⁹. Como señala Ginzburg, “la posibilidad de un conocimiento científico de la singularidad quedaba, para Braudel, excluida: el *fait divers* podía, eventualmente, rescatarse tan sólo si y porque se lo consideraba repetitivo” (Ibíd.: 356).

(Ibíd.: 11), junto con los enfoques cada vez más sistemáticos sobre problemáticas tales como las clases sociales o “las relaciones entre oralidad y discurso sobre el pasado” (Ibíd.: 11). En ese sentido, los “etnotextos” que propone construir Le Goff marcan “el renacimiento de la historia-testimonio a través del «retorno al acontecimiento» vinculado con los nuevos medios, con la aparición de periodistas entre los historiadores y con el desarrollo de la “historia inmediata” (Ibíd.: 11). Como encuentro entre la historia, la antropología y la lingüística, esos “etnotextos” no son más que documentos –que se pueden plasmar en archivos orales- que buscan comprender la palabra, el gesto.

Estas zonas de confluencias disciplinares permiten además aproximarse a la reflexión –tan cara a las controversias posmodernas- acerca de la relación entre la narración histórica (dueña de la “verdad histórica”) y la narración ficcional. En este artículo se intentará trascender esa oposición sin caer en el escepticismo positivista que duda de la fiabilidad de los testimonios y los documentos o en un neoescepticismo posmoderno que radicaliza la dimensión constructivista de la realidad (Ginzburg 2010). Porque, siguiendo a Peter Burke, es preciso destacar, en cuanto a las posibilidades del conocimiento del pasado, que “afirmar, como hacía Ranke –y como aun lo hacen algunos historiadores-, que se describe «lo realmente sucedido» es, ni más ni menos, ser víctima de aquello que un antropólogo (que vuelve con toda claridad contra los historiadores el uso que estos hacen del término «mito») ha llamado, no hace mucho, «el mito del realismo»” (2007: 181). Así es que se tratará de mostrar cómo a través del refinamiento de las categorías analíticas y la incorporación de recursos metodológicos transdisciplinares es posible acceder a búsquedas más rigurosas (y por ende, objetivas) de los procesos históricos, en este caso el pasado reciente y más precisamente de los procesos de construcción de la memoria social y política.

Las ciencias sociales han estado relativizando, a partir de la consideración de la memoria como dimensión sustancial de las prácticas sociales, las pretensiones absolutas de “verdad histórica” generalmente asociadas con las prácticas historiográficas. De todos modos, lejos de caer en una posición idealista más propia de enfoques posmodernos, se propone discutir nociones más amplias de “historia” que involucren, por ejemplo (y sobre todo para el caso del “pasado reciente”), las formas “nativas” de narrar el pasado, tal cual sucede en los procesos de construcción de la memoria social y política. La mirada etnográfica se especializa precisamente en contemplar las representaciones de los actores sociales estudiados, que constituyen datos relevantes que ingresan en un diálogo con las categorías analíticas escogidas. A partir de ciertas concepciones acerca de la “normalidad” o la “racionalidad” y en general de un desconocimiento profundo de las lógicas nativas de los actores, ciertos enfoques disciplinares diagraman escenarios ideales y suponen el modo en que los actores sociales se deben comportar “racionalmente”. A diferencia de los posicionamientos “normativos” que construyen sus objetos *a priori*, “desde arriba” y encuadran los datos empíricos (obtenidos en

encuestas, entrevistas, observaciones) para confirmar esas construcciones conceptuales, el enfoque propuesto apunta a interrelacionar los datos obtenidos en el terreno, tanto en el *aquí y ahora* (la interacción con los sujetos que recuerdan) como a través de otras técnicas de recolección de datos en el estudio del pasado (por ejemplo, etnografía de archivos, etnografía de *lo escrito*).¹⁰

Y si se postula llevar adelante una etnografía de la memoria se hace indispensable tener en cuenta los criterios de clasificación del pasado (Visacovsky 2007). Sea reciente, próximo, familiar, contemporáneo, cercano, ello remite a las operaciones taxonómicas de la historiografía y a cierta naturalización acerca de un supuesto corte tajante entre *lo pasado* (tomado como *efectivamente pasado*) y el presente. Por ello, si se parte de una noción de pasado (reciente) como una *categoría híbrida* (Ibíd.), es necesario admitir que “dentro de nuestras aparentemente seguras y confiables concepciones del tiempo, hay todavía lugar para la controversia clasificatoria” (Ibíd.: 279). Y aunque el carácter actual del “pasado” sea un rasgo indeleble de cualquier contexto histórico, nos enfrentamos en este caso a “un pasado en permanente proceso de «actualización» y que, por lo tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades” (Franco & Levín 2007: 31). La problemática de la memoria se hace aquí relevante, porque se trata de “un proceso inherente a la existencia misma de los conjuntos sociales” (Visacovsky 2006: 134), a partir de lo cual resulta esencial la consideración de “dos aspectos básicos: *los procedimientos interpretativos y sus condiciones sociales de producción y uso*” (Ibíd.: 135).

Como bien destaca Todorov, “la memoria no se opone al olvido. Los dos términos que forman contraste son la *desaparición* (el olvido) y la *conservación*; la memoria es, siempre y necesariamente, una interacción entre las dos” (2004: 14). Ello remite necesariamente a los procesos de selección (conservación y olvido) que son constitutivos de los procesos de formación de la memoria social y política. Por supuesto, se trata de una operación fundamental, ya que “la memoria implica selección, se tiene que escoger entre todas las informaciones recibidas, en nombre de ciertos criterios; y esos criterios, sean o no sean concientes, servirán también, con toda probabilidad, a orientar la utilización que haremos del pasado” (Ibíd.: 16). Los procesos sociales suelen ser recordados a partir de una multiplicidad de voces y subjetividades que se producen en el marco de contextos que habitualmente se caracterizan las luchas por el sentido. En la misma línea, la expansión de las fuentes orales y la emergencia de nuevos sujetos en el horizonte de los investigadores (sobre todo historiadores y antropólogos) explican la presencia de estos nuevos protagonistas también en la historia de la memoria. (Cuesta Bustillo, 1998; 214). Además, los núcleos cronológicos en los que se

¹⁰. Análisis más integrales sobre el estudio antropológico del pasado reciente se han del pasado reciente se han llevado a cabo en otros trabajos (Gil, 2008; 2010a y 2010b).

condensan los estudios de la memoria se intensifican en torno a períodos históricos en los que el tiempo se adentra en el acontecimiento o se ha soldado en una fractura. Años sedimentados en las memorias entre el trauma y el conocimiento. Ello conlleva contradicciones y fragmentaciones en los discursos de quienes recuerdan, pero en vez de señalar sus “fallas” en la memoria, sus manipulaciones del pasado, resulta mucho más fructífero buscar aproximaciones explicativas que den cuenta de los regímenes y niveles de memoria que se han ido produciendo y utilizando en relación a ese pasado reciente. Memorias que si bien están matizadas por sus distintos niveles que tienen que ver con quien recuerda y de qué modo plantea su versión de la historia. Crenzel propone, en relación al caso de las lecturas sobre el terrorismo de estado, “el concepto de *régimen de memoria* para retratar aquellas «memorias emblemáticas» que se tornan hegemónicas en la escena pública al instaurar, a través de prácticas y discursos diversos, los marcos de selección de lo memorable y las claves interpretativas y los estilos narrativos para evocarlo, pensarlo y transmitirlo” (2008: 24). Se trata, en palabras de Jelin, de “analizar el proceso de recordar (y olvidar), y los varios *niveles* y *capas* en los cuales esto se da” (2001: 9), es decir, los vínculos entre los hechos que se recuerdan y el lugar que ocupan en nuestro presente, en medio de fuertes luchas políticas por imponer sentido. De allí la relevancia de quienes tienen la autoridad y el derecho de fijar y personificar memorias, ya que “en la medida en que no hay canales institucionalizados oficiales que reconozcan la experiencia del pasado reciente de violencia y represión, la lucha sobre la «verdad» y sobre las memorias «apropiadas» se despliega en el escenario societal” (Ibíd.: 29).

Una distinción sumamente rica que postula Todorov, tienen que ver con la *memoria literal* y la *memoria ejemplar*. El ejercicio de la literalidad lleva a que lo recordado permanezca como “un hecho intransitivo, no conduce a más allá de sí mismo” (2004: 30). Presionada al extremo, según el mismo autor, la *memoria literal* conlleva riesgos ya que el suceso o proceso traumático deviene imposible de superar y el presente queda sometido al pasado. Además, esa literalidad suele cultivar el resentimiento, focalizando la mirada sobre el sí mismo y considerando las ofensas como inolvidables e incomparables. La otra posibilidad que señala Todorov es la que “sin negar la singularidad del suceso mismo, decido utilizarlo y, una vez recuperado como una instancia entre otras de una categoría más general, me sirvo de él como un modelo para comprender las situaciones nuevas con agentes diferentes” (Ibíd.: 30). Esto último implica una generalización, haciendo de un ejemplo una lección que puede ser utilizada para encuadrar el presente y, eventualmente, hasta combatir injusticias vigentes. En efecto, la recursividad de los ejemplos es una manera habitual en la que se construye la moralidad (Humphrey 1997). En este caso se prescriben modelos morales que son depositarios del camino a seguir. En ocasiones, son determinados individuos los que tienen la capacidad de encarnar los ideales que toda la comunidad debe aspirar a continuar. Pero esa recursividad ejemplar impacta también en las nociones y prácticas de la justicia, a partir “de la

generalización de la ofensa particular, y es porque se encarna en la ley impersonal, aplicada por un juez anónimo y puesta en funcionamiento por jurados que ignoran tanto la persona del ofensor como del ofendido” (Todorov 2004: 32). De todos modos, las generalizaciones ejemplificadoras portan el riesgo de profanar la singularidad de los sucesos y quitarle su unicidad y fuente de sentido para los involucrados. Sin embargo, a través de un ejercicio profundo de reflexión, “la memoria ejemplar generaliza, pero de manera limitada; no hace desaparecer la identidad de los hechos, sólo los pone en relación unos con los otros, establece las comparaciones que permiten constatar semejanzas y diferencias” (Ibíd.: 46).

La entrevista, entre el enfoque etnográfico y la historia oral

Claramente, el recurso de la entrevista aparece como una herramienta metodológica clave en el abordaje del pasado reciente. De ese modo, es posible delimitar un universo de informantes vinculados de la manera más directa posible con el recorte analítico de la investigación y concebir una práctica etnográfica sustentada en la colección de narrativas. Por ello, más que entrevistas en el sentido reducido y esquemático del término, los encuentros dialógicos –y en ocasiones polifónicos- pueden transformarse en discusiones (amigables y no tanto), debates teóricos y políticos sobre nuestro pasado, que hacen aflorar las categorías nativas fundamentales de la racionalidad de nuestros sujetos de estudio. En esta negociación, en el *toma y daca* (Clifford 1995) que implica la etnografía, las categorías nativas van fluyendo como marcas indelebles de los sistemas de representaciones de nuestros interlocutores, y muchas veces se aplican al propio investigador que, cuando asume una postura contraria a la de sus entrevistados, puede ser estigmatizado, cuestionado o *chicaneado* por sujetos que también nos estudian y formulan reflexiones sobre nuestra tarea, los alcances de la investigación y nuestras aptitudes morales para permanecer en el campo. En efecto, el investigador es puesto a prueba permanentemente por sus sujetos de estudio, quienes miden – sobre todo al principio de la investigación- si es un sujeto digno de confianza.¹¹ Y además,

¹¹. Dentro de esta misma problemática reflexiva, Visacovsky (2005) se ha referido a los avatares en recepción cuando el investigador escribe sobre cuestiones que tocan profundamente la sensibilidad de las personas, sus “fibras íntimas”. Al irrumpir el etnógrafo en un determinado orden moral y al tratar con “historias sagradas” de sus sujetos de estudio, ese “acto de secularización y desencantamiento podría ser leído más propiamente como un cuestionamiento a sus vidas, sus trayectorias o sus instituciones” (Ibíd.: 278-9). Por ello, al asumir los riesgos que implica “la divulgación de los secretos de la tribu” (Bourdieu 2008: 16), lo que ya ha sido analizado en otros trabajos (Gil 2008; 2010a y 2010b), se pretende dar cuenta de algunos de los procesos que en los años sesenta se mezclaron con dimensiones tales como el prestigio (como intelectuales, como científicos) y los criterios de clasificación, pertenencia, legitimación y jerarquización en el campo académico. Ello obliga entonces a una “objetivación de lo no objetivado” (Bourdieu 2008: 21) en un campo científico no precisamente muy tolerante de esas operaciones cuando no se aplican a sus naturalizados objetos de estudio (los pobres, los campesinos, los pueblos originarios, etc.). Por ende:

“en un universo que depende en su realidad misma, como lo hace el campo universitario, de la representación que de él se hacen los agentes, éstos pueden sacar partido de la pluralidad de los principios de jerarquización y del débil grado de objetivación del capital simbólico, su posición en el espacio al

como señala Pollak, por más impuestas que puedan quedar las memorias colectivas por la acción de grupos sociales e instituciones a partir de “un trabajo especializado de encuadramiento” (2006: 28), los consensos sociales y la “perennidad” nunca están garantizados. Porque:

“si destacamos esa característica fluctuante, mutable, de la memoria, tanto individual como colectiva, debemos recordar también que en la mayoría de las memorias existen marcos o puntos relativamente invariables, inmutables. Todos los que ya realizaron entrevistas de historias de vida perciben que, en el transcurso de una entrevista muy larga, donde el orden cronológico no es necesariamente obedecido y donde los entrevistados vuelven varias veces sobre los mismos hechos, hay en esas reiteraciones sobre determinados períodos de la vida, o sobre ciertos hechos, algo de invariante” (Ibíd.: 34).

El trabajo etnográfico siempre ha estado caracterizado por una alta dimensión narrativa, tanto en la exposición textual del antropólogo como en el tipo de datos recolectados sobre el terreno. Nuestros interlocutores tienen historias para contar, y en los momentos oportunos esas historias fluyen y componen un material etnográfico indispensable. El trabajo de campo nos enfrenta permanentemente a relatos que habitualmente tendemos a naturalizar sin prestar especial atención a su carácter pragmático. Es decir, nuestros interlocutores nos cuentan historias, que pueden ser relatos biográficos (propios y ajenos), narrativas alegóricas, clichés narrativos, recuerdos fragmentados, argumentos, metáforas, informaciones, descripciones, todo dentro de esa compleja trama de “desencuentros” (Clifford 1995) que en ocasiones es el trabajo de campo. Así, pueden tratarse de relatos de carácter poético, plagados de figuras retóricas que evocan poderosas imágenes mentales que pueden derivar en complejas estilizaciones. A partir de ellas, fluyen mitos, arquetipos y reconstrucciones de época que dan cuenta de las concepciones nativas sobre el pasado que se formulan desde el presente. Esas narrativas pueden además ordenarse en un dispositivo argumentativo, a través del cual los interlocutores no sólo despliegan sus puntos de vista y apreciaciones conceptuales sobre el pasado en cuestión, sino que pueden intentar convencer al investigador, que también puede ser transformado él mismo en un objeto de reflexión por sus sujetos de estudio. En ciertas circunstancias, los nativos consiguen ubicar rápidamente al investigador dentro de sus propios esquemas clasificatorios (sobre todo en lo ideológico) y pueden establecer una relación en términos de discusiones político-ideológicas. En la misma sintonía, Peacock y Holland proponen una manera específica de encuadrar las historias de vida, que se modifican de acuerdo con las circunstancias y el contexto en que se cuentan, ya que el sujeto nunca desaparece en el discurso. De este modo, además de considerar las historias de vida como fuentes de datos (como lo hace la historia oral cuando opta por una aproximación *factual*) se plantea la posibilidad de utilizar un enfoque *subjetivo*, es decir, tomar a las narrativas que

modificar la representación que los otros (y ellos mismos) pueden tener de esa posición” (Bourdieu 2008: 26).

emanan del sujeto como una proyección de sus dinámicas y disposiciones psicológicas. De este modo, “la narración es sólo un dato relevante para aprender acerca de la realidad, y lo que pueda tener de significativa la narración en sí misma es secundario a la realidad externa” (Peacock y Holland 1993: 369). Existen además otros modos de entender las historias de vida, como el enfoque *procesual*, que considera las narraciones como datos primarios de procesos sociales y psicológicos. Y también la visión *hermenéutica*, que concibe a las historias de vida como productos de encuentros, como una co-construcción, entre quien quiere conocer y quien da a conocer sus relatos sobre el pasado. De este modo, más que tomar a las narrativas como secuencias cronológicas de hechos verdaderos resulta prioritario analizar las perspectivas (actitudes, valores, creencias) de quien relata en su inmediato “escenario narrativo, histórico y social” (Gee 1991: 20).

Conclusiones

La problemática de la formación de la memoria social y política ha sido el eje en torno al cual se ha intentado mostrar el modo que la historia y la antropología ofrecen la posibilidad de diseñar enfoques que complementen ambas tradiciones disciplinares. Por ello, se ha partido de una serie de reflexiones epistemológicas que, sin negar la existencia y la importancia de las fronteras entre las ciencias sociales, relativizan esos límites cuando se hacen rígidos y reproducen prejuicios de sus respectivas “culturas disciplinares”. Por el contrario, aquí se proponen búsquedas rigurosas que, tomando conceptos y recursos metodológicos, se constituyen en estrategias de investigación en las que está juego el rigor en el tratamiento de los datos y su relación con la teoría, y no dogmas disciplinares que se autorreproducen a partir de instancias administrativas. En ese sentido, este es un artículo escrito por dos investigadores que creen en la existencia de esas fronteras entre las disciplinas, que se afilian en dos ciencias sociales y humanas distintas (antropología e historia). Pero a la vez, ambos creen en la importancia de trascender esas barreras que suelen aparecer rígidas, que pretenden aprender de diversas tradiciones disciplinares pero que terminan compartiendo enfoques, formas de mirar y hasta preceptos metodológicos.

En el caso de la memoria, y el pasado reciente en general, se ha visto como el método etnográfico y la historia comparten técnicas de investigación (como la entrevista), preocupaciones y formas de relacionar la teoría con los datos. El énfasis que desde el método etnográfico –y la antropología toda- se coloca en la perspectiva de los actores sociales estudiados, permite relacionarse con una “verdad histórica” en la que las subjetividades, los recuerdos parcializados, los “olvidos” o el papel del investigador en el terreno, son parte constitutiva de esa “realidad” que se desea comprender. Precisamente, en una investigación sobre la constitución de la memoria social y política, dimensiones como las mencionadas, no

deberían ser descuidadas, ya que implican actividades interpretativas de los actores que en muchas ocasiones, desde las perspectivas normativas que aquí se rechazan, se intentan combatir mediante los documentos. En ese sentido, no se trata de corregir a los actores que recuerdan sino entender como han llegado a ser posibles esas interpretaciones del pasado, cómo son expresadas y admitidas. En otras palabras, se busca comprender las lógicas que generaron esas cristalizaciones del pasado, tratando de evitar el riesgo de vernos mistificados por ellas. Frente a la creencia de sentido común de una imagen “eterna” del pasado, hemos visto que está en vuelto en una compleja red de negociaciones que están determinadas históricamente en contextos particulares en los que se juegan tramas de poder que vuelven creíble a una determinada versión. Además, el pasado nunca es efectivamente pasado y puede ser utilizado de modo conciente por determinados grupos para imponer su propia versión de la historia. Todo ello en un marco de interpretaciones que son difícilmente aislables de las posiciones relativas de los actores sociales en un campo. Porque, de alguna manera como en la Grecia homérica, “la memoria no es reconstrucción del pasado, sino exploración de lo invisible” (Vernant, 2008: 128)

Bibliografía

- Benadiba, Laura (2007). *Historia Oral. Relatos y Memorias*. Buenos Aires: Editorial Maipue.
- Bourdieu, Pierre (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burke, Peter (2007). *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1997). *Sobre o pensamento antropológico*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1998). *O trabalho do Antropólogo*. São Paulo: Unesp-Paralelo 15.
- Cuesta Bustillo, Josefina (1998). “Memoria e historia: Un estado de la cuestión”. En *Revista AYER*, 32: 203-246.
- Evans-Pritchard, E. E. (1954). *The Sanusi of Cyrenaica*. Oxford: Clarendon Press.
- Evans-Pritchard, E. E. (1990). *Ensayos de antropología social*. Madrid: Siglo XXI.
- Fraser, Ronald (1993). “La Historia Oral como historia desde abajo”. En *Revista AYER*, 12: 79-92.
- Gil, Gastón Julián (2008). “Una experiencia universitaria «frustrada». Persecución y represión antes del golpe en la Universidad de Mar del Plata”. En *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 21/22: 91-119.
- Gil, Gastón Julián (2010a). “Ethnography among ‘experts’: Notes on collaboration and sabotage in the field”. En *Qualitative Research*, 10 (1), 49-69.
- Gil, Gastón Julián (2010b). “Etnografía, archivos y expertos. Apuntes para un estudio antropológico del pasado reciente”. En *Revista Colombiana de Antropología*, ICANH, 46 (2): 249-278.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: FCE.
- Halbwachs, Maurice (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris: Albin Michel.
- Le Goff, Jacques (2005). *Pensar la historia: Modernidad, presente y progreso*. Barcelona: Paidós.

- Levi, Giovanni (2009). "Prólogo" En Laura Benadiba, *Historia Oral: fundamentos metodológicos para reconstruir el pasado desde la diversidad*. Rosario: SurAmérica Ediciones.
- Todorov, Tzvetan (2004). *Les abus de la mémoire*. Paris: Arléa.
- Visacovsky, Sergio (2004). "Entre lo evidentemente sucedido y lo posiblemente experimentado: para una reconciliación entre historia, memoria social y análisis narrativo". En *Entrepasados. Revista de Historia*, XIII, nº 26, 2004, p. 134.
- Vernant, Jean-Pierre (2008). *Atravesar fronteras. Entre y política I*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Wallerstein, Immanuel (2003). "Anthropology, Sociology, and Other Dubious Disciplines". En *Current Anthropology*, 44 (4): 453-465.